

# ¿QUÉ ES PENSAR EN UNIÓN VITAL CON LA FE? \*

MÓNICA CODINA

Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

## What is thinking in vital union with faith?

Contemporary attempts to recover the capacity of recognising meaning and sense do not manage to reach the world of reality, of truth, of meaning and of sense. Since the period between the wars, we have been witnessing a tendency towards recovering meaning and accessing reality. The Encyclical *Fides et Ratio* is an invitation to refocus the validity of the direction philosophy has been going in during the last centuries. This proposal is in tune with the sensitivity of the new generations that want nothing to do with scepticisms or deceits of reason. The leap of faith is not only part of accepting religion, but it also happens whenever the philosopher goes to the limit, asks the ultimate questions.

### *El panorama filosófico de la modernidad*

El camino que la filosofía ha recorrido en estos últimos cinco siglos así como la profunda y vertiginosa transformación que se ha realizado en el mundo de la ciencia experimental y los cambios sociales acelerados, han provocado una nueva, amplia y profunda reflexión acerca del mundo y del hombre. La radicalización del principio de la razón ha ayudado indudablemente al despliegue de las posibilidades del hombre y del mundo, y, sin embargo, el propio pensamiento contemporáneo es consciente, aunque resulte atrevido afirmarlo, de que la duda cartesiana y la crítica kantiana están en el origen de la creciente –o, más bien, ya radicalizada– desconfianza en el poder cognoscitivo de la razón humana.

Los intentos contemporáneos de recuperar la capacidad de reconocimiento del significado y del sentido –la hermenéutica gadameriana,

\* La clasificación por epígrafes ha sido establecida por el Editor (*N. del E.*).

el existencialismo kierkegaardiano, el desarrollo de la fenomenología, la búsqueda heideggeriana del ser, la crítica de Horkheimer a la razón instrumental, la falsación popperiana como método de conocimiento...—no consiguen fácilmente abandonar los presupuestos de la crítica y alcanzar el mundo de lo real, de lo verdadero, del significado y del sentido. Es decir, no encuentran el camino de vuelta hacia la metafísica. El pensamiento que se desarrolla dentro de una tradición cultural que debilita las posibilidades de conocer que tiene la razón humana y que toma como paradigma de conocimiento el método de las ciencias empíricas, abandona toda posibilidad de radicalidad, y provoca actitudes de abandono en algunos ámbitos del conocimiento. Así, el mundo cultural católico se ha sentido obligado a dialogar con el pensamiento crítico partiendo de sus propios parámetros, intentando que las proposiciones de la fe no fueran argumento frente a una filosofía que se considera autónoma. Y, de este modo, el intento de diálogo con la filosofía contemporánea se ha convertido en una batalla apologetica que ha debilitado la fuerza del pensamiento que nace dentro del mundo cultural católico hasta este siglo. Esta posición filosófica, que radicaliza el principio de racionalidad, ha incidido en el desarrollo de toda la cultura contemporánea: el arte, la literatura, la política, incluso la teología, se desarrollan bajo el influjo de la filosofía moderna europea. Sin embargo, desde el periodo entre guerras se advierte una tendencia a la recuperación del significado y un deseo de encuentro de nuevos caminos de acceso a la realidad. El deseo de “mirar desde lo alto de un cerro” como diría Claudio Magris, la recuperación del valor de verdad que se encuentra en las diferentes tradiciones culturales, como señala MacIntyre, el abandono de los grandes sistemas absolutos que pretenden abarcarlo todo, la decadencia del marxismo, el vacío insensato de los nihilismos que han conducido a todo tipo de locuras en el orden social y político, la experiencia de que el hombre no puede constituirse en superhombre sin generar injusticia y daño, el debate creciente en la comunidad internacional acerca de la justificación y concreción de los derechos humanos son expresión clamorosa de un mundo que desea mirar hacia un horizonte más amplio, real y seguro. Es la expresión del deseo de volver a las cosas mismas, de contemplar su belleza, su verdad y su significado.

En este clima de regeneración del pensamiento aparece la Encíclica *Fides et Ratio* abriendo un espléndido panorama de posibilidades al pensamiento humano y haciendo, a mi modo de ver, una propuesta de confianza radical en la razón, que invita a replantearse la validez del camino que la filosofía ha seguido en los últimos siglos y a una reflexión dentro del mundo de la cultura que invita a tomarse en serio la posibilidad de pensar en unión vital con la fe. Esta propuesta, indudablemente

te, aparece en sintonía con la sensibilidad de las nuevas generaciones que no quieren saber de escepticismos, ni engaños de la razón y para las que no son suficientes las respuestas que el mundo de hoy ofrece. Se reclama la construcción de una nueva cultura en la que desaparezcan las actitudes de defensa, las afirmaciones que sólo condenan, y se hagan nuevas propuestas de explicación. Propuestas que tal vez abandonen los parámetros académicos actuales en honor de una verdad que se expresa sin respetos.

Afirmar que el hombre es capaz de alcanzar verdades, significados y sentidos sitúa la vida en otra dimensión: la de la existencia de una realidad y, por tanto, de una verdad que no dependen sólo de la configuración de la mente humana. Abstracción, juicio y raciocinio son las tres capacidades típicas de la razón teórica, por las que se alcanza un tipo de conocimientos, que ofrece cierta seguridad, pero que no da cuenta de todas las dimensiones de la existencia humana. Durante este siglo se ha redescubierto el valor de los múltiples modos a través de los cuales el hombre es capaz de conocer. Así se ha estudiado con detenimiento el tipo de verdades que el hombre alcanza por sentido hilativo de las experiencias (Newman), tradición (MacIntyre), empatía (Stein), narración de la acción humana (Arendt), valor cognoscitivo de los sentimientos (Von Hildebrand), etc. El estudio del valor de este tipo de conocimientos pone de manifiesto la existencia de verdades que no son alcanzables si se hace un uso exclusivo de la racionalidad abstracta o instrumental. Así, por ejemplo, el conocimiento de las personas no se obtiene por medio de la abstracción y juicio, sino que más bien se adquiere, a través de la observación de la acción humana, por empatía y connaturalidad. Guardini utilizará la palabra “encuentro” para significar el instante en que la persona alcanza una realidad en su verdad más íntima y que no coincide con el desarrollo de un proceso intelectual de análisis. La Encíclica *Fides et Ratio* afirma que la razón humana es capaz de alcanzar la verdad y lo hace desde una dimensión existencial que le abre a la trascendencia. Así el concepto filosofía se usa en la argumentación pontificia con un sentido analógico.

### *La dimensión existencial de la razón humana*

La Encíclica *Fides et Ratio* nos sitúa ante la dimensión existencial de la razón humana. Es en el gozne de la existencia donde coincide el Dios de la filosofía —el Ser que funda la existencia de todo ser— con el Dios personal —que se revela Padre Creador—. Indudablemente, la razón que acepta la existencia de un Dios personal que se revela, ha sido invitada a dar un salto que le obliga a abandonar el ámbito de la demostración

para entrar en el ámbito de la fe. Pero este salto no es sólo propio del asentimiento a la religión, sino que se produce cada vez que el filósofo llega al límite, a la pregunta por las cuestiones últimas. De hecho, toda filosofía lo ha dado. ¿Acaso se puede afirmar que “Dios ha muerto” y estar totalmente seguro de ello? Todavía creemos en Dios porque creemos en la gramática, se lamentaba Nietzsche, pero ¿no es su queja expresión de la imposibilidad de una negación de la existencia de Dios que no planteé problema alguno? Llegados a este punto, ¿no pide el pensamiento contemporáneo que el creyente se decida en el siglo XX, de una vez por todas, a pensar en unión vital con la fe? La llamada crisis de la cultura de la modernidad ¿no lo pide así? ¿No debiera atreverse la filosofía a proclamar la existencia de Dios y con ella la recuperación de la verdad, el significado y el sentido, con la misma radicalidad con la que la filosofía moderna ha proclamado la muerte de Dios, la ausencia de significado y de sentido?

Al afirmar que la razón tiene capacidad de conocer la verdad también se está afirmando la capacidad que la razón tiene para conocer con certeza la verdad que la fe le propone. La razón iluminada por la fe no deja de ser razón, pero recibe una nueva capacidad que le permite comprender verdades que sin el don de la fe otros no pueden comprender. Es un nuevo modo de ver y un ver algo nuevo. Dios ha hablado al hombre y su palabra se guarda en la Iglesia. La fe es verdadero conocimiento de Dios y del hombre; es más del único Dios que existe y del único hombre que existe, como ha puesto de manifiesto la teología contemporánea (H. de Lubac). Si es verdad que el hombre ha sido creado por Dios y destinado a una vida eterna, y que todo hombre hereda un pecado del que ha sido definitivamente redimido por Cristo, no existe otro hombre que éste. Por tanto, iluminada por el conocimiento que le proporciona la fe, la razón puede desplegar su actividad alcanzando horizontes insospechados. Como afirma la Encíclica, una razón sin fe queda clausurada sobre sí misma, sin horizonte. Si el hombre no puede ver más allá de sí, si sólo él debe cargar con el peso de la existencia, si genera el sentido con su acción: ¿no soporta más de lo que es capaz? Además, ¿no indica la experiencia lo contrario? El sentido con que aparece la realidad concreta es indicativo de la existencia de una fuente de sentido en la realidad. De lo contrario, la defensa de cualquier valor resulta imposible como ha visto Robert Spaemann. Sin lugar a dudas, la Iglesia es en este siglo una de las grandes defensoras de los derechos humanos: ¿no es esto posible porque permanece fiel a una verdad recibida que custodia con fidelidad?

El desarrollo normal de la filosofía sitúa a la razón ante cuestiones que reclaman la pregunta por el sentido trascendente de la existencia humana: el hombre o es exclusivamente desarrollo de la materia, abo-

cado a la desaparición, o es un ser creado por Dios, llamado a un destino eterno. De lo que se determine dependen la defensa de su dignidad, así como, el modo de entender el tiempo y el sentido de la historia. El significado de los valores éticos se transforma según el horizonte en que se plantean, si en la discusión reciente se afirman o se niegan las exigencias de la naturaleza humana como fuente de moralidad, indudablemente la necesidad de perdón abre toda moral a la trascendencia. Ahora bien, en el punto en que estas preguntas se condensan aparece como necesario el salto a la fe. Salto para el que está preparada la razón por su propia naturaleza abierta. La fe de por sí es racional y la razón es de por sí credencial.

### *La síntesis entre el conocimiento de la razón y de la fe*

La fe es conocimiento. Tomarse en serio la fe como un contenido cognoscitivo válido para la razón significa para el creyente la necesidad de alcanzar una síntesis, de entrelazar los diferentes contenidos de su conocimiento de modo adecuado. ¿Cómo ha de realizarse esta síntesis?

La fe ilumina la inteligencia humana y la hace capaz de un conocimiento nuevo. La fe no ahorra el camino de la razón, sino que amplía su horizonte, la pone en un plano mayor de conocimiento del que ya no se puede prescindir aunque se haga necesario recorrer el camino. Si la fe es verdadero conocimiento, preguntarse por el modo en que se relacionan la fe y la razón no resulta del todo preciso. ¿Acaso el conocimiento que la fe proporciona no es un conocimiento racional?, ¿con qué se puede conocer si no es con la razón? Que el camino de acceso a un determinado conocimiento no sea el de la demostración racional, el de la deducción o el de la inducción, no significa que no sea, en cuanto conocimiento, conocimiento de la razón. Más que preguntarse cómo se relacionan fe y razón, lo que puede plantear el equívoco como punto de partida, la sospecha de una heterogeneidad radical, habría que hablar de la relación que se da entre los diferentes tipos de conocimiento. Superar por la integración de los conocimientos cualquier tipo de fideísmo.

Cualquier creyente tiene que realizar una síntesis personal entre fe y visión del mundo. El filósofo creyente no puede eludir plantearse el problema de cómo conciliar su trabajo con los conocimientos que le proporciona la fe. Desde mi punto de vista, la cuestión se puede plantear de tres modos. Para unos, la filosofía debe conducirse exclusivamente a través de las posibilidades que tiene la razón, eludir cualquier conocimiento que se tenga por la fe. Mientras sus resultados no contradigan lo que la fe propone es una filosofía válida. Para otros, la cuestión se perfila del

mismo modo, pero entienden que las relaciones entre filosofía y teología, o entre razón y fe, están en línea de continuidad. Donde acaba el conocimiento racional empieza el conocimiento que aporta la fe. Ambas posiciones, aunque legítimas, no logran, desde mi punto de vista, una verdadera integración de los saberes. Queda una tercera posición, que espero también se pueda considerar legítima, entender la relación entre fe y razón como una relación de fecundidad. El conocimiento de fe fecunda e ilumina los conocimientos que uno adquiere por la razón. ¿Es que acaso se puede hacer una distinción neta dentro de la propia subjetividad y afirmar en un momento la fe con todas sus consecuencias para después hacer como que no se cree y así poder hacer filosofía? El concepto clásico de filosofía es amor a la sabiduría y ¿no es el conocimiento que la fe proporciona cierto tipo de sabiduría? A la conciencia interior del creyente le resulta imposible establecer una frontera delimitada en las cuestiones básicas –la existencia de Dios, la inmortalidad del alma– que determine si algo lo sabe por fe o por conocimiento estrictamente racional. El profesional puede diferenciar cuando un argumento es propio de la filosofía y cuando es propio de la teología. Pero ¿pueden prescindir en su actividad el teólogo o el filósofo de las referencias integradas a la filosofía o a la teología? No se puede ser un buen teólogo si no se tiene capacidad de pensamiento filosófico y, al mismo tiempo, cualquier buen filósofo es conducido por su pensamiento hacia las preguntas clásicas de la teología natural. ¿Es suficiente hablar de Dios como el Absoluto? Cada vez que se trata de demostrar que Dios es el Absoluto se gana y se pierde algo. Se gana la argumentación racional para el que no tiene fe, pero se olvida el rostro personal de Dios ¿y a quién de los dos puede rezar el hombre? Es el drama descubierto por Pascal, el Dios de los filósofos no es un Dios al que se pueda rezar.

Si la fe es conocimiento y ayuda a conocer más, ¿por qué navegar en un horizonte de significados que ha alcanzado su límite y no dejarse guiar por una orientación verdadera y sencilla? La herida que el pecado original ha dejado en nuestra inteligencia dificulta nuestra capacidad de entender que la verdad y el significado vengan de una instancia externa al hombre. Pero, del mismo modo que a nadie extraña que cualquier religión comporte una moral que se debe intentar practicar, no es extraño que la religión comporte una determinada visión del hombre y del mundo que personalmente se debe asimilar. Y del mismo modo que la acción adquiere un desarrollo personal a la luz de la fe, también el pensamiento debe alcanzar un desarrollo personal a la luz de la fe. De lo contrario sus posibilidades de fecundidad se quedan cojas. La situación que se plantea reclama una solución doble: por un lado, el análisis teórico del tipo de conocimiento que se tiene por fe y del tipo de conocimiento que reclama la actividad del filósofo, así como la resolu-

ción teórica del modo en que se relacionan y, por otra parte, la síntesis personal que cada creyente realiza.

Pensar en unión vital con la fe exige que ésta fecunde la inteligencia y el trabajo intelectual —la filosofía, la historia, la política y todos los ámbitos del saber humano, también los de las ciencias empíricas— respetando el método propio de cada ciencia. Se trata de percibir que la fe constituye un contenido cognoscitivo que tiene capacidad de guiar y de iluminar. Así, la razón natural puede intentar desvelar, sin violentar los datos, algunas zonas de la verdad que la fe muestra con su significado pleno, y que de algún modo están inscritas en la propia naturaleza de las cosas. Ésta es la tarea que la fe siempre ha propuesto a cada cristiano y una de las tareas que se propone especialmente al cristiano en el mundo de hoy: realizar lo que Guardini denominaría una confrontación entre la propia visión del mundo y la verdad de la fe.